

una expedición al Gran Chaco boliviano.

La colección capta elementos del paisaje, la flora y la fauna de regiones de América tropical, de sus diversos tipos humanos, de las costumbres, de los medios de transporte, de los caminos, de los oficios, del vestir, del comer, de las viviendas. Constituye, pues, un valioso testimonio visual de lo ordinario y lo curioso, que ofrecía a los europeos el medio americano y del asombro de éstos ante pueblos y culturas diferentes, ante lo que consideraban una exótica geografía.

Muchos de estos grabados fueron realizados por el famoso Riou, quien dibujó en París sobre apuntes de E. André y otros viajeros. Ya en el país se conocían algunos de ellos, aparecidos en la *Geografía pintoresca de Colombia, la Nueva Granada vista por dos viajeros franceses del siglo XIX*, publicada en Bogotá por Litografía Arco en 1971, y reeditada en 1980. Este bello libro, de páginas grandes y nítidas reproducciones, trae además grabados de Neuville para ilustrar el viaje de Charles Saffray.

La cultura visual del colombiano sobre el siglo pasado es muy pobre y poco conocida, a pesar de existir material inédito, pues en lo que hoy es Colombia, como en toda América, dibujantes y pintores, especialmente bajo la influencia del romanticismo, recogieron temas relacionados con la geografía y los usos propios de cada región. Hoy estos trabajos son valiosos, escasos y difíciles de localizar.

En Colombia, dejando a un lado el caso de la fotografía y de las acuarelas de Mark, se han puesto al alcance de un público más amplio los siguientes trabajos: algunas láminas de la Comisión Corográfica, aparecidas en la revista *Hojas de Cultura Popular* en los años 50; los grabados del *Papel Periódico Ilustrado* (en conjunto con los de *Colombia Ilustrada* son más de 700), en edición facsimilar de Carvajal y Cía. en 1974. Allí se encuentran grabados de Alfredo Greñas, José Crane, Ricardo Moros Urbina, Julio Flórez, Epifa-

nio Garay, Alberto Urdaneta, el maestro español Antonio Rodríguez, entre otros; algunas de las acuarelas de la obra pictórica de Ramón Torres Méndez publicadas en el libro *Costumbres nacionales* (Bogotá: Ed. Jeroglíficos S. A. y Dllo. S.A., 1978); la muestra de arte documental y costumbrista recogida en la *Historia del arte en Colombia* (Bogotá: Ed. Salvat, 1977); la recopilación de caricaturas políticas del periódico *El Zancudo* hecha por Germán Arciniégas (Bogotá: Ed. Arco, 1975).

También se han reproducido unos cuantos trabajos gráficos del siglo pasado en artículos de revistas, en libros como *Las maravillas de Colombia* (4 tomos, Bogotá: Ed. Forja, 1979) y otros. Pero quedan muchos trabajos que se desconocen. Se podrían mencionar, por ejemplo, los bocetos y apuntes callejeros de José Manuel Groot, las "anécdotas" gráficas de José Gabriel Tatis, las caricaturas y dibujos de José María Espinosa.

Ante nuestra pobre cultura visual, bienvenido, pues, un libro que, aparte de una corta (¿demasiado corta?) introducción, no tiene texto sino puras ilustraciones.

PATRICIA LONDOÑO



## La ira de Aguirre

**Cuadro**

Alberto Aguirre

Sin editor. Medellín, septiembre de 1984

Hay rigor. Sí. Es agudo. Sí. Mordaz. También. Certero. Sarcástico. Informado. Audaz. Osado. ¿O será que

decir la verdad con cierta exactitud en un país de medias tintas se convierte en osadía? De todas formas: veraz. Alberto Aguirre, columnista del periódico *El Mundo*, de Medellín, autor durante los cinco años de existencia del diario antioqueño de 760 cuadros, de los cuales en este libro sólo se reproducen 200 (cuadros de provincia, cuadros de región, cuadros políticos, cuadros intelectuales, cuadros cultos, cuadros de miseria, cuadros de violencia, cuadros de injusticias, cuadros de gentes, en fin cuadros de este heterogéneo país que es Colombia), consigue desafiar —como, según parece, es, además, su intención—, la retórica, el facilismo y los arcaísmos de “este país circular y reiterativo”.

Saturado, hartado y con tono rabioso, Aguirre va armando estos cuadros, que no mosaicos de costumbres, de escasas 50 líneas cada uno, por medio de un cuidadoso trabajo de descarte: desechando noticias, emociones y vivencias... para presentar finalmente un texto redondo, construido con arquitectura: armado.

Si bien esta búsqueda de redondez mediante la decantación logra salvar las columnas de su inmediatez periodística volviéndolas recuperables para un texto menos efímero y de mayor permanencia como puede ser un libro —ya no hojas de papel periódico, sino empastado, perdurable: un libro de recopilación—, cae en la trivial tentación de tantos periodistas-columnistas del país: la editoria- lización. Lanzar conceptos por aquí, juicios por allá. Sentencias por aquí, sentencias por allá, sin asidero en el hecho tozudo, fundamento de todo trabajo verdaderamente periodístico. La pretensión de depuración, de limpieza, de pulcritud, de Aguirre como reacción atemorizada para no caer en la banalidad de las anécdotas del hecho concreto se le devuelve como un bumerán al entregarle al lector unos cuadros pontificadores, privados de ese delicioso picante, sabroso cuando su dosis es exacta, que le imprime al periodismo la circunstancia, la anécdota, la referencia in-

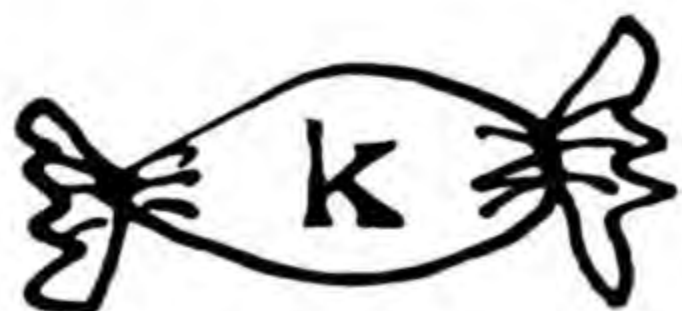


mediata, la coyuntura oportuna... sazón que en éste sólo da el contacto directo y permanente con la vida, pero no la generalización reflexiva, la editorialización.

Si bien de este esfuerzo expurgador han resultado algunos brillantes libros de aforismos (piénsese en Elías Cannetti, Luis Cernuda, César Pavese y, entre nosotros, Colacho Gómez). Aguirre se queda a mitad de camino entre el aforismo y la columna periodística, faltándole más elaboración, mayor abstracción entendida como síntesis de vida, produciendo entonces, finalmente, como resultado, un libro que claramente le dice al lector qué piensa el señor Alberto Aguirre, periodista de El Mundo, suponemos nacido en Medellín o en sus alrededores, sobre lo divino y lo humano, pero nada más.

Pasa, pues, con este libro como con la arquitectura de estilo internacional que, agobiada por la pretensión universal, pierde el sentido del entorno, de lo concreto, y así como se diseñan edificios que podrían ser colocados en cualquier parte del mundo sin afectar para nada la vida de sus usuarios ni de la ciudad que los soporta, así estos 200 Cuadros han podido ser escritos en cualquier lugar y en cualquier momento, organizados bajo títulos tan generales, como: la violencia, la miseria, la lucha obrera, la histeria política, Cuba, Nicaragua, una vida latente, el arcaísmo de un país y su necrofilia, presencia de la mujer, el hosco imperialismo, flojos intelectuales, las fofas estirpes... Los Cuadros de Aguirre dejan, pues, al lector, al finalizar la lectura, esperando encontrarse no con un punto y aparte sino con un arrogante: HE DICHO...

MARÍA ELVIRA BONILLA



## De la cepa cepalina

**El pensamiento económico latinoamericano**  
Isidro Parra Peña  
Ed. Plaza y Janés. Bogotá, 1984

En este libro, Isidro Parra reúne dos temas complementarios: la evolución del pensamiento latinoamericano de posguerra y una reflexión sobre la experiencia planificadora de las economías regionales, con una consideración final sobre los planes de desarrollo en Colombia. Sin duda, el pensamiento latinoamericano surgió asociado a la necesidad de planificar, de transformar los patrones de desarrollo heredados de las economías exportadoras que desde los años treinta dejaron de considerarse viables en el contexto de la economía internacional. Desde fines de los años cuarenta, un grupo de economistas latinoamericanos encabezados por Raúl Prebisch y vinculados a la recién creada Comisión Económica para América Latina (Cepal), se sintieron insatisfechos con la teoría ortodoxa y, adaptando el marco keynesiano a las realidades concretas de América Latina, iniciaron la tarea de elaborar una interpretación del desarrollo de la región que permitiera formular estrategias autónomas en la búsqueda de un desarrollo independiente para la América Latina.

Desligado de las concepciones ortodoxas, la evolución subsiguiente del pensamiento latinoamericano fue perdiendo la unidad lograda en los años iniciales. Diversos grados de radicalismo se fueron incorporando a las ideas originales de la Cepal, dando lugar a distintas corrientes, desde la cepalina, que logró al fin establecer su propia ortodoxia, hasta las versiones más extremas del dependentismo. En rigor, el pensamiento latinoamericano al que se refiere Parra Peña, se restringe a la teoría Prebisch-Cepal, con algunas acotaciones sobre las corrientes derivadas de aquella. Por otra parte, los ya abundantes textos críticos, tanto sobre la teoría cepalina como sobre las versiones dependentistas, han mostrado los aciertos y debilidades



de un enfoque que si en los años cincuenta y sesenta significó la apertura de un espacio de reflexión y crítica, durante los años setenta fue incapaz de ofrecer una respuesta alternativa al desenvolvimiento de la economía latinoamericana asediada por la crisis. Infortunadamente, el autor se limita a presentar una interpretación, por lo demás rigurosa, de los principales conceptos analíticos de la teoría de Prebisch, sin adentrarse en los debates posteriores ni en las debilidades internas de dicha teoría.

Si bien la teoría cepalina se constituyó en instrumento imprescindible para la planeación económica en América Latina hasta fines de los sesenta, no es menos cierto que sus prescripciones se quedaron en el terreno de las estrategias de largo plazo, más precisamente en el proyecto de objetivos, mostrando una en verdad notable incapacidad para el proyecto de políticas. El autor advierte cómo los planes demasiado amplios en sus objetivos "por ambiciosos cayeron en la vaguedad y en la imprecisión con relación a los instrumentos, la oportunidad de su uso, la intensidad, la trayectoria del avance, etc." (pág. 87). Ello es el resultado no sólo de los enfoques formalistas y sin duda generalizantes de los planes, sino de una insuficiencia que la propia teoría no fue capaz de subsanar, porque, como acertadamente señala Isidro Parra, no se prestó atención adecuada a las herramientas e instrumentos para orientar la economía a los objetivos previstos. Ello condujo a que el enfoque latinoamericano careciera de respuestas para los problemas de corto plazo, especialmente los aspectos monetarios, cambiarios y fiscales en que se han debatido las economías latinoamericanas desde comienzos de los setenta.